

## Noticia de libros

BORGES, J. L.—*Inquisiciones*.—Buenos Aires, Editorial Proa, 1925, 164 págs.

OBRA de uno de los mejores poetas jóvenes de la Argentina, poeta «de vanguardia», según la palabra en boga, este libro de *Inquisiciones* o disquisiciones filosóficas y literarias merece señalarse a la atención de los lectores de la *Revista de Filología Española* por la orientación del autor, nueva en castellano, hacia la estilística y por sus trabajos sobre dos autores de los siglos XVII y XVIII: Quevedo y Torres Villarroel. Tiene Borges la inquietud de los problemas del estilo; el suyo propio lo revela: a cada línea se ve la *inquisición*, la busca o la invención de la palabra o el giro mejores, o siquiera de los menos gastados. No siempre acierta. Estilo perfecto es el que, con plenitud expresiva, oculta las inquisiciones previas; es de esperar que Borges aprenda a quitar sus andamios y alcance el equilibrio y la soltura. Entretanto, sus estudios son de valor singular por su calidad y por su rareza; en español se ha escrito bien poco sobre el estilo, fuera de los libros de preceptiva, huecos y vagos en gran mayoría, con el frecuente pecado de ser frutos de traducción o adaptación en vez de observación directa (excepciones: Capmany, Milá,...). En Borges la investigación estilística comienza, naturalmente, en la palabra. Apenas se detiene en los sonidos; concede poco a la calidad sonora del lenguaje; llega a ensañarse contra la *musicalidad* del verso (¡expresión que acoge demasiado a la letra!); pero a veces, de paso, celebra el don rítmico en poetas como Fernán Silva Valdés, el modernísimo criollo del Uruguay. Curioso es que se detenga en minucias gráficas, como escribir *verdá*, *criollédá*, (grafías que corresponden a una realidad fonética francamente limitada, en el Río de la Plata como en España: cfr. T. Navarro Tomás, *Manual de pronunciación española*, segunda edición, Madrid, 1921, págs. 79 a 82). Pero la palabra le interesa en todos sus aspectos de significación: la riqueza léxica (punto que toca de paso en el castellano de Quevedo o en el inglés de Sir Thomas Browne); la relación entre etimología y semántica; la diferencia entre

el vocabulario culto y el vulgar, con muy especial atención al latinismo y al popularismo, y, en América, al matiz criollo. Entrando al papel de las voces en el estilo, se plantea—con inclinación a resolverlo negativamente—el antiquísimo problema de las «palabras nobles» (págs. 44, 99, 139); reconoce también, que no basta la palabra que meramente enuncia, como en las enumeraciones de Walt Whitman; y hace la autopsia de tres vocablos típicos de la era de Rubén Darío y ahora caídos en desgracia: *inefable*, *misterio*, *azul* (págs. 153 y sigs.). La historia de las modas literarias haría divertidos vocabularios de cada época: al modernismo, con *azul*, *inefable* y *misterio*, le corresponden *lago*, *parque*, *cisne*, *princesa*, *perla*, *lirio*, *ensueño*, *ideal*, *triumfal*, *lírico*, *olímpico*, *grácil*, *impoluto*; al romanticismo, *lid*, *embate*, *estrépito*, *abismo*, *ciprés*, *suspiro*, *brisa*, *altanero*, *ardoroso*, *bravío*, *nefando*, *fatídico*, *errabundo*, *proscrito*, *yerto*; al academicismo del siglo XVIII, *orbe*, *lares*, *numen*, *estro*, *furor*, *blasón*, *guirnalda*, *beleño*, *inclito*, *fausto*, *ledo*, *umbrío*, *pío*, *sonante*, *célico*, *vago* (el romanticismo no rechaza el vocabulario académico: lo ensancha; pero el modernismo escasamente tolera uno que otro de los afeites románticos, como la *palidez*). En la elaboración del estilo atraen a Borges las imágenes, y, entre ellas, la metáfora, problema central para el grupo hispánico «de vanguardia»: a ella dedica estudio especial (págs. 65 a 75) y multitud de observaciones en otros trabajos; agudo, todo ello, hace desear la *inquisición* total, la ojeada que abarque íntegramente. La natural inclinación filosófica de Borges lo lleva a advertir que las imágenes no son el límite de la expresión, y que toda técnica de ellas degenera fatalmente en retórica (véase *Después de las imágenes*, págs. 26 a 29). Señálanse en el libro, todavía, otras observaciones: así, a propósito de Quevedo, el interesante análisis de su estilo, de tipo *intelectualista*; la frecuente ausencia, en los siglos XVI y XVII, de la «gradual intensidad y escalonada precisión del soneto», para terminar en

«los versos más ilustres», atisbo histórico que merecería completarse. El soneto, al naturalizarse en España, trajo como arrastre el ser muchas veces eslabón de una cadena o secuencia (todavía ocurrió así en Boscán, según lo reveló Enrique Díez-Canedo en su edición de los versos de Garcilaso y su amigo, Madrid, 1920); cuando quedó por fin suelto como composición breve, era inevitable la tendencia epigramática, la tendencia a «acabar en punta», que se ve aparecer en los Argensolas, en Lope, en Arguijo, mientras Que-

vedo y Góngora se atienen a la tradición. Insuficientes, las observaciones sobre conceptismo y gongorismo: el gongorismo es más que «intentona de gramáticos» enamorados de las «palabras nobles»; tuvo el ansia de la riqueza de imágenes y —en Góngora— el amor de los colores. Borges, por fin, lleva sus preocupaciones literarias más allá del estilo, hasta el carácter, el espíritu de los pueblos y de los lugares (finas observaciones sobre Castilla y Andalucía), y hasta el anhelo de la expresión criolla de América, presente en todo el libro.

P. Henríquez Ureña

*Revista de Filología Española*. Madrid 1926. Cuaderno 1.º

MÁXIMO SOTO-HALL. — *Nicaragua y el Imperialismo Norteamericano*.

En las librerías de esta ciudad se ofrecen a la pública tentación, con incitantes rótulos, dos nuevas obras de Máximo Soto Hall, el bien conocido, el ilustre escritor centroamericano que desde las columnas de *La Prensa*, cumbre de la mentalidad indoespañola, hace con su palabra vehementemente llamamiento tras llamamiento al patriotismo adormido o perezoso de Hispanoamérica a fin de que, sin más vacilaciones, organice sus capacidades de resistencia contra la política de absorción norteamericana: titúlense *La sombra de la Casa Blanca y Nicaragua y el Imperialismo Norteamericano*. Sobre la primera de estas dos obras, que es una novela, el profesor don Justo A. Facio, a quien *La Prensa* de Buenos Aires cuenta entre sus colaboradores, prepara un estudio que nosotros publicaremos; sobre la segunda, o sea *Nicaragua y el Imperialismo Norteamericano*, obra de palpante actualidad, a la cual se debe comentario que sea como el eco al grito de prevención, nosotros vamos a expresar sin demora, por ser cosa de urgencia, el concepto que nos merece y lo que para todos nosotros vale como instrumento de defensa en la campaña antimperialista.

Cumple a nuestro propósito, que propende a sugerir la necesidad, a nuestro parecer, imperiosa, de leer este libro, como muy pocos, oportuno, reproducir en este lugar, por vía de ilustración, el elenco de los tratados en que el texto se divide y a lo largo de los cuales el pensamiento del autor se desarrolla con vigoroso relieve: helo aquí: I—Un crimen sin nombre; II—Complicidad de los gobiernos de la América Central y tolerancia vergonzosa de los gobiernos de la América Latina; III—La única y sola causa de los desgraciados sucesos de Nicaragua; IV—Un

nuevo crimen de Chamorro; V—La caída de Zelaya y la dominación yankee; VI—Sinopsis de los acontecimientos políticos de Nicaragua en relación con el imperialismo estadounidense; VII—Las próximas elecciones de Nicaragua; VIII—El General José María Moncada; IX—Figura de barro y figura de oro; X—El ruidoso fracaso de la VI conferencia panamericana; XI—Nicaragua, pueblo, y Nicaragua, gobierno; XII—Juan Santamaría; XIII—Recuerdos que debieron evocar los delegados; XIV—Panamericanismo argentino; XV—Opiniones de personalidades estadounidenses sobre los asuntos de Nicaragua». Este índice equivale a la presentación de la idea que sustancialmente informa el libro de Soto-Hall y viene en nuestra ayuda para justificar el énfasis laudatorio con que lo recomendamos a nuestros lectores.

Desde luego, en la obra que analizamos aparece, sin ambages, sin disimulos, antes bien, con caracteres de singular crudeza, la actitud combativa; débese esto, en primer lugar, al temperamento brioso del escritor,—circunstancia que en él acusa una personalidad sin doblez; cierto que el convencionalismo artificioso de las retóricas aconseja dirimir con serenidad todas las cuestiones, mayormente cuando en ellas la razón está de nuestro lado y brilla de manera inconcusa; pero hay materias que, de suyo, pertenecen a género en que no cabe lo contencioso, que carecen de los términos lógicos con los cuales se constituye y se formula un juicio; ¿existe en estos casos el fundamento *sine qua non* para establecer un debate? No; en estos casos la mente ya no funciona como el ingeniero que sitúa coordenadas para emplazar la geometría de su dialéctica; en estos casos la mente